

## La colaboración de los textos antiguos y modernos para la dialectología occidental: J. del Encina, Torres Villarroel, M. de Unamuno, L. Maldonado, L. Chamizo y otros

Lourdes García Macho

A comienzos del siglo XX existió una tendencia a dar entrada en la literatura a términos del terruño; es un hecho que ha estudiado, entre otros, Manuel Alvar, que se refiere a él en estos términos:

«En principio era la palabra, y a ella volvió —andando el siglo XIX— la investigación. Pero esta vuelta al dialecto no se planteó —sólo— con un criterio escuetamente científico; algunos escritores pertrechados de grandes conocimientos idiomáticos trataron de resucitar el valor etimológico de las palabras y con él se acercaron a las hablas del pueblo, a los dialectos, donde trataban de encontrar una clase de casticismo mucho más puro y noble que el defendido por las Academias» (Alvar, 1960: 58,63).

Así el propio Miguel de Unamuno, uno de los escritores que sigue esta tendencia, escribe:

«Creo que para enriquecer el idioma, mejor que ir a pescar en viejos librotos de antiguos escritores vocablos hoy muertos, es sacar de las entrañas del idioma mismo, del habla popular, voces y giros que en ellas viven» (Alvar, 1960: 66).

Y no sólo Miguel de Unamuno, sino también Luis Maldonado, Dámaso Ledesma, Saturnino Galache y Matías García, en Salamanca; Pérez de Ayala, en Asturias; José María Pereda, en Santander; Fernández Duro, en Zamora, y Gabriel y Galán y Luis Chamizo, en Cáceres, participaron con sus textos de tipo regional y dialectal en esta orientación<sup>1</sup>.

Esta reaparición de textos regionales o locales hace recordar la época antigua de Juan del Encina, Gil Vicente, Lucas Fernández, Torres Naharro, Alonso de Salaya —todos ellos de finales del siglo XV y comienzos del XVI—, Herrera Gallinato, del XVII, y Torres Villarroel, del siglo XVIII, escritores que imitaron deliberadamente el lenguaje de su tierra, escribiendo o salpicando sus escritos con voces dialectales y populares.

<sup>1</sup> Este espléndido resurgimiento de la literatura dialectal dio sus frutos en obras tales como *Vida de D. Quijote y Sancho* (1905), *Cancionero* (1928-1936), *Por las tierras de España y Portugal* (1911), de UNAMUNO; *Del campo y de la ciudad* (1903), *Querellas del ciego de Robliza* (1864), *La montaraza de Olmeda* (1908), *La farsa de Matallana* (1908), de LUIS MALDONADO; *Juicio de la conciliación* (1887) de GONZÁLEZ MORO; *Fonética Kastetana* (1894), de FERNÁNDO ARAUJO; *Folklore o cancionero salmantino* (1907), de DÁMASO LEDESMA; *Charras* (1915), de SATURNINO GALACHE; *El país charro* (1928) y *Mi Salamanca* (1934), de MATÍAS GARCÍA; *Tigre Juan* (1926), *El curandero de su honra* (1926), *La pata de la raposa* (1912); *Luna de miel, luna de hiel* (1923); *Los trabajos de Urbano y Simona*, de PÉREZ DE AYALA; *De tal palo tal astilla* (1880) y *Peñas arriba* (1895), de JOSÉ MARÍA PEREDA; *Memorias históricas de la ciudad de Zamora* (1893), de FERNÁNDEZ DURO; *Extremeñas* (1902), *Castellanas* (1902), *Nuevas castellanas* (1905), de GABRIEL Y GALÁN, y *El mijón de los castiños*, de LUIS CHAMIZO (1921).

Pero el resurgimiento de lo dialectal a principios del xx no tiene comparación con lo acaecido en periodos más antiguos. Porque ahora no se trata sólo de unos escritores que den acogida a su acervo dialectal, sino de un movimiento general en que coinciden tirios y troyanos, intelectuales y clérigos, políticos y profesores. En la primera década de ese siglo se celebran en Salamanca unos juegos florales presididos por la vena de lo propio, homenajes a músicos, poetas, escritores, cuyo mérito fundamental era haber buceado en el dialecto. Cualquier lector impersonal de la prensa de esa época observará claramente que estamos ante un resurgimiento de las ideas y palabras de campanario como no lo ha habido en ningún momento de nuestra historia, ni siquiera en nuestros días. Y cualquier observador imparcial comprenderá cómo entonces, igual que hoy, los motivos políticos no fueron los menos importantes para este resurgimiento.

Ortega y Gasset, en su diagnóstico sobre la *España invertebrada*, señaló que «la historia de la decadencia de una nación es la historia de una vasta desintegración» (Ortega y Gasset, 1971: 38). Y el hecho es que los políticos —pero muy especialmente la derecha y la Iglesia— supieron explotar los sentimientos nacionalistas: su consecuencia la tenemos en esta apropiación de lo peculiar lingüístico, en este florecimiento de la literatura dialectal.

1. A la vista de estas circunstancias el lingüista puede preguntarse: ¿Son importantes estas obras para los estudios lexicográficos? Evidentemente, sí. Ya Lamano señaló:

«La literatura genuinamente dialectal salmantina comienza en las *Églogas* y *Representaciones* de Juan del Encina. Trasladó este autor con fidelidad a sus *Farsas*, *Autos*, y *Églogas*, el lenguaje de los pastores y gañanes que, en los días de mocedad, él conoció y trató. Pero a veces caricaturizaba el dialecto, desfigurando y alterando el estilo y modo pastoril, tornándolo más aldeano, más rudo, más inculto de lo que realmente era, sin duda para excitar al público culto de aquel tiempo, que presenciaba lleno de admiración el espléndido florecimiento del habla castellana, por obra de un maestro del idioma patrio» (Lamano, 1915: 9-19).

Aunque sepamos —y no voy a entrar en ello—, que la obra literaria de Encina fue también culta. Comparemos los dos fragmentos siguientes, uno del *Aucto del Repelón* (atribuido, aunque no claramente, a Juan del Encina) con una poesía lírica:

*Aucto del Repelón*

Hago cuenta que oy ñascí  
 ¡Bendito Dios e lloado,  
 pues ño me hizon licenciado.  
 Norabuena acá venimos  
 pues que tan sabiondos vamos  
 espantarse han nuestros amos  
 d'esta cencia c'aprendimos  
 ya todo que lo perdimos  
 e las burras he olvidado  
 pues ño me hizon licenciado.  
 El que llega a bachiller  
 llugo quiere más pujar  
 mas quien ño quisiere entrar  
 a studio ni deprender  
 mira si lo abra en prazer  
 después de bien repelado  
 destojar en licenciado.

*Poesía lírica*

Tenéis en vuestra belleza  
 tanto poder en mi vida  
 que si me mostráis cruexa  
 ya la do por fenecida  
 vuestros amores he  
 y pues quiso mi ventura  
 que de vos fuese cativo  
 dadme vida sin tristura  
 pues por vos muriendo bivo  
 vuestros amores he.

Como puede comprobarse mediante una simple lectura, la diferencia léxica y fonética entre los dos textos es evidente y notable. Dándose cabida en el *Aucto del Repelón* a formas occidentales y vulgares que no se encuentran en la poesía lírica culta.

Juan del Encina, sin él pretenderlo, formó escuela, siendo muchos los escritores, coetáneos o modernos, que imitaron la práctica de poner el lenguaje rústico en labios de incultos labriegos (Lamano, 1915: 12).

Advierte Lamano que:

«Lucas Fernández, poeta del primer tercio del siglo XVI, debió de ser discípulo de Encina, si es que no se sentaron ambos en los mismos escaños del aula que ilustró la sabiduría de Nebrija» (Lamano, 1915: 12).

A pesar de esto, sus *Farsas* y *Églogas* poseen un salmantinismo en ocasiones más castizo que el de Juan del Encina, y coinciden con las de este autor en la dualidad de formas cultas y aldeanas, que en nada perjudica al dialectalismo auténtico (Lamano, 1915: 13). Utiliza los salmantinismos *morra* (DECH) y *rellumbrar Fiii.* (Lihani); los leonesismos *atollar, Dií.* (Lihani, Lamano) y *machorra, Av. y Trophea en Prop.* (Lihani, DECH); los occidentalismos *acezar, aiii.* (Lihani) y *crego, Aii* (Lihani).

Gil Vicente, igualmente del primer tercio del XVI, empleó el dialecto sayagués en algunos dramas para divertir al público culto de la Corte, más bien que para dirigirse al iletrado. Los rasgos que usa siguen más la lengua de Lucas Fernández que la de Del Encina. Algunos de los términos empleados por este escritor son el occidentalismo *crego, Auto de fee* (Lihani) y arcaísmos como *aborrir, Auto pastoril castellano* (Lihani) y *desfaz* (Gillet, T. III, 801).

De esa misma época es Torres Naharro, escritor que continúa en sus comedias (*Soldadesca-Tinelaria, Himenea*) la tradición de los anteriores. Las voces utilizadas por este dramaturgo son el occidentalismo *crego, Sold.* (Gillet, T. III, 872) y los arcaísmos *aborrir, Jac.* (Gillet, T. III, 849) y *desfacer, Aquil.* (Gillet, T. III, 801).

Posteriormente, en el siglo XVII, con Torres Villarroel se vuelve al empleo del lenguaje salmantino tal como lo utilizaba el pueblo. Es seguramente Torres Villarroel el que reprodujo el dialecto salmantino con más exactitud y constancia que otros autores, al usar el habla popular de esta región, ya que el dialecto moderno salmantino se parece más al utilizado por este literato que al de los autores más antiguos. Hay que tener en cuenta, lógicamente, que el sayagués del siglo XVIII es algo distinto del de los siglos XV y XVI, aunque, entre otras cosas, seguía manteniéndose la aspiración de la *h*, que se indicaba con una *j* en *juerte*, «Romance: En estilo aldeano...», 125 y *jueron*, «Romance: En estilo aldeano...», 101, etc. Algunos de los términos empleados por él son los salmantinismos *bornear, Obras, T. X.* (Lamano); *colambra, Obras, T. XII* (Lamano) y *envuelzas*, «Romance: En estilo aldeano...», 120; los occidentalismos *buraco* (DECH y Z. Vicente, *Mérida*, 71) y *crego*, «Romance: En estilo aldeano...», 107; los leonesismos *cogüelmo, Obras, T. II* (Lamano) y *enfusar*, 'embutir la carne de cerdo', *Obras, T. V* (Lamano).

Hasta ahora he hablado del dialecto sayagués sin explicar qué entendemos mediante esta denominación. Llamamos sayagués al dialecto que hablan los labradores del Sayago en el suroeste de la provincia de Zamora. Pero como advierte Lamano:

«En toda nuestra literatura clásica de los siglos XVI, XVII y XVIII fue siempre sayagués sinónimo de zafio, villano, grosero, rústico. Formado este concepto de la grosería y tosquedad del sayagués, particularmente por la villanía y rustiquez de su modo de expresarse, nada extraño tiene que el lenguaje sayagués significase, por aquel entonces, no ya el habla de los moradores de la comarca de sayago, sino el de todos los aldeanos de León y ambas Castillas» (Lamano, 1915: 21,22).

Tanto en el caso de Torres Villarroel como en los autores anteriormente citados y en otros posteriores, fue el trato íntimo con la hampa y con lo más bajo del vulgo, lo que les facilitó el acceso a un léxico riquísimo en términos coloquiales. Y en el caso de Torres Villarroel y de Luis Maldonado las estancias en el campo charro permitirán la fertilización de su habla por los modismos y el espíritu castizamente rústico, contribuyendo a conformar la personalidad cultural y lingüística de ambos, en la que los sustratos salmantino-leoneses tuvieron que obrar decisivamente y salir en la superficie (Llorente, 1960: 44).

Desde la muerte de Torres Villarroel hasta el último tercio del siglo XIX y primer cuarto del XX, en que vuelven a surgir escritores de carácter regional, asistimos a un vacío de obras dialectales. Es indudablemente Luis Maldonado, en este siglo, quien con más feliz acierto ha cultivado la literatura regional salmantina.

Maldonado, íntimo amigo de Miguel de Unamuno, a pesar de sus divergencias políticas —Maldonado era conservador y Unamuno republicano-socialista—, fue sin embargo el primero en defender a éste en el Senado —en Madrid en 1914— tras su destitución como Rector. Entre ellos van a mantener muchas discusiones y conversaciones sobre términos salmantinos y no es infrecuente el hecho de que algunos escritores relacionaran a los dos por el interés común hacia el lenguaje. Así, Luis Romano, en la *Necrología de D. Luis Maldonado* dice (Romano, 1928; 30):

«Y a veces la filología hacía de las suyas y Unamuno y Luis Maldonado se enredaban en la etimología de una palabra charra».

A. Tenemos noticias del interés estrictamente filológico de M. de Unamuno con respecto al español por las notas fonéticas, morfológicas, etimológicas y lexicográficas que dejó escritas al margen de las páginas del *Manual de Gramática Histórica Española* de Menéndez Pidal, hecho éste que conocemos por el artículo que el mismo Miguel de Unamuno le dedicó en el Homenaje a este filólogo, al que tituló «Notas Marginales». En este breve escrito Unamuno nos ofrece algunos datos sobre términos salmantinos (según él) como la voz *mochales*, forjada por un amigo suyo, al que según D. Miguel, queriendo decir *morrales* o *mochilas*, dijo *mochales*; también indica:

«Se llamaba en latín *corymbus*, del griego χορύμβος, al racimo de flores que cuelgan como la yedra, y que adopta una forma parecida a la de un témpano, latín *tympanum*, del griego τύμπανον, o sea, un '*corymbus* de agua que se hiela al ir goteando'. A esto se le llama en Salamanca por los chicos *chupetil* y también *caramelo*, que es *caramelo*, con influencia de *lamber* o *lamer*, porque lamen esos *corimbos*» (M. Unamuno, 1924: 60).

Unamuno cree que:

«Una buena parte de los vocablos populares son, en su origen, de creación individual, que los forjó, poética o artísticamente, un individuo, como mi amigo el de la expedición a Peñalara forjó la voz *mochales*» (M. Unamuno, 1924: 60).

Efectivamente, vemos que esta afirmación es en cierta manera válida, ya que, como acabo de señalar hace un momento, Juan del Encina recreó, desfiguró e inventó el lenguaje de los pastores.

B. Es muy probable, sin embargo —y en el trabajo que he realizado sobre «El estudio del lenguaje y culto de la obra de Luis de Maldonado» lo he demostrado en la medida de lo posible—, que el conocimiento que M. de Unamuno tuvo del léxico sal-

mantino le llegase por su amigo Luis Maldonado; no es imposible que fuera éste el que en ese sentido acrecentara el caudal léxico de D. Miguel, dada su familiaridad con las cosas y personajes del campo ya desde la infancia y luego durante los años en los que fue diputado por el distrito de Vitigudino; Unamuno, por otra parte, fue salmantino únicamente de adopción —ya que nació en Bilbao—, mientras que Maldonado es charro lígrimo.

Voces dialectales que D. Miguel apunta o estudia en su obra *Vida de D. Quijote y Sancho* y en su *Cancionero* son las siguientes: los salmantinismos *envuelzas*, *Cancionero* (1928-1936) (Lain, 81); *lígrimo*, *El Cristo de Velázquez* (1920) y *Cancionero* (1928-1936) (Alvar, «Dial. poes. esp.», 67) y *vagüera*, *Por tierras de Portugal y España* (1911) y *Del sentimiento trágico de la vida* (1912) (Getino, «Neologismos», 346); los leonesismos *cogüelmo*, *Vida de D. Quijote y Sancho*, 118 (1905); *retuso*, *Vida de D. Quijote y Sancho*, 35, 123 (1905) y *serano*, *Vida de D. Quijote y Sancho* 60 (1905); los occidentalismos *andancio*, *Cancionero* (1928-1936) (Alvar, «Dial. poes. esp.», 67); *abogalla*, *Cancionero* (1928-1936) (Lain, 78) y *entñar*, *Vida de D. Quijote y Sancho* (1905). Estos son algunos de los pasajes en los que aparecen tales vocablos en *Vida de D. Quijote y Sancho*:

«Sólo es duradera en siglos y en vastas tierras la gloria que rebasa de los propios lugar y tiempo por haberlos *perinchido* y *cogolmado*» (pág. 59).

Y «De seguro que si de ellas supo algo, le sirvió de solaz y de comidilla y pali que en los *seranos* y en las *solanas*» (pág. 60).

C. También contribuyó Unamuno a promocionar a otros escritores regionales como Gabriel y Galán, poeta extremeño de nacimiento, pero vinculado a la provincia de Salamanca. Fue éste un ilustre maestro de párvulos, que dedicaba su tiempo libre a escribir fundamentalmente obras de carácter poético como *Extremeñas*, *Castellanas*, *Nuevas castellanas*, siendo «En Cristu benditu» una de las composiciones que más éxito alcanzó en su época. Precisamente este poema llegó a manos de Unamuno por el hermano de Gabriel y Galán, un abogado del Estado que vivía en Salamanca, quien viendo el valor de la obra de su hermano, se la hizo llegar a Unamuno, para que éste juzgara sobre la misma. D. Miguel quedó tan entusiasmado, que junto con Luis Maldonado decidió presentarla al certamen de los Juegos Florales de Salamanca, en 1901, y obtuvo el primer premio.

Los rasgos dialectales de la poesía de Gabriel y Galán se sitúan dentro de los caracteres del dialecto leonés, y según la división que realizó Menéndez Pidal en su estudio sobre *El dialecto leonés*, pertenecen al subgrupo de leonés oriental, en el que hay que catalogar lo más saliente del habla extremeña (Z. Vicente, 1950: 113).

Algunos de los términos empleados por este poeta son los salmantinismos *besana*, *Castellanas* (1902) (Lamano) y *jjejo*, *Nuevas Castellanas* (1905) (Z. Vicente, G. y Galán, 172); los leonesismos *apajar*, *Extremeñas* (1902) (Z. Vicente, G. y Galán, 167) y *cogüelmo*, *Nuevas Castellanas* (1905) (Z. Vicente, G. y Galán, 168-169); los occidentalismos *acezar*, *Extremeñas* (1902) (Z. Vicente, G. y Galán, 160-165); *estrumpir*, *Extremeñas* (1902) (Z. Vicente, G. y Galán, 161) y *abogalla*, *Cuentos «Alma charra»* (Z. Vicente, G. y Galán, 166).

De la misma época que Unamuno y Gabriel y Galán es Luis Maldonado. Hombre polifacético, fue catedrático, literato, político, rector de la Universidad, diputado y senador. Su primera gran pasión fue la participación en la vida política. Fue el profesor que cultivó la democracia y limitó siempre en el partido conservador desde los tiempos de Cánovas. Su segunda pasión fue la de escritor de obras casi siempre de carácter regional, inspiradas en el terruño, aunque no le faltaron ensayos de carácter científico relacionado con la materia de la que era catedrático, el derecho civil.

La obra de Luis Maldonado posee un gran interés literario, pero también ofrece

un extraordinario valor lingüístico como consecuencia de la versatilidad del escritor salmantino, que alternaba en muchas de sus obras la lengua culta con la coloquial, vulgar, rústica y dialectal; y otras, en fin, únicamente la lengua culta, con abundantes reminiscencias clásicas, propias del nivel académico y literario en que se desenvolvía la vida del autor, hombre de extraordinaria cultura. Puede decirse que Luis Maldonado enlaza en este sentido con Juan del Encina, Torres Naharro, Torres Villarroel, etc.

De este modo, su obra constituye en conjunto un documento de valor extraordinario para conocer el estado de la lengua culta y de la regional y dialectal en la Salamanca universitaria y campesina del último cuarto del siglo XIX y primero del XX.

La preocupación de Maldonado por la lengua, al igual que en el caso de Unamuno, se pone de manifiesto ya en las propias anotaciones u opiniones que dio sobre cuestiones lexicográficas, diseminadas a lo largo de su producción literaria. Así, por ejemplo, en ocasiones se toma el trabajo de especificar detalladamente el significado de un vocablo:

«Castigos menores, el *capón* (golpe seco dado en la cabeza con el nudillo en la mollera), la *mococa sencilla* (hincamiento del mismo nudillo en la mollera) y la *mococa real* o *gran macoca* que agregaba, al hincamiento de la sencilla, una rápida vuelta sobre la mismísima coronilla» (*Lopus*, 32: C. y C.).

En otros casos nos indica cómo se denominaba en su época un determinado objeto o noción:

«Las comparsas estudiantiles (aquí no se llaman *tunos*, sino de *sopistas*)» (*Bugallas: M*).

Y, frecuentemente, señala el origen o procedencia de un determinado vocablo o expresión, indicando si es autóctono charro, o si incluso un concreto personaje habla con un marcado acento regional; así:

«Mira ese crepúsculo, que los charros llamamos *emperecer* del día» (Montaraza, 31); o «El burro de Villarino es un cantar *riberaño* (*riberano*, decimos nosotros)» (*Copla*, 220).

De este modo el leonesismo y salmantinismo de Luis Maldonado, y en general su vocabulario, excede con mucho su propia producción literaria, ya que en voces salmantinas como *envuelzas*, *Mondongo*, III: C. y C. (1902); *lígrimo*, *Quinto*, 46: C. y C. (1901); *vagüera*, *Aldeagómez*, 156: C. y C. (1910); *besana*, *Cavila*, 57: C. y C. (1901) y *jigeo*, *Clamores*, 26: C. y C. (1901); en las leonesas *apajar*, *Querellas*, 31 (1894); *cogiuelmo*, *Cavila*, 63: C. y C. (1901); *retuso*, *Amor*, 221: C. y C. (1904) y *serano*, *Cavila*, 63: C. y C. (1901) y en las occidentales *abogalla*, *Perantonea*, 116 (1907); *acenoría*, *París: M* (1918); *andancio*, *Querellas*, 46 (1894) y *entoñar*, *Clamores*, 18: C. y C. (1901) comprobamos que fue este literato el primero que las utilizó anticipándose en este sentido tanto a Miguel de Unamuno como a Gabriel y Galán.

Así el lenguaje de Maldonado resulta profundamente innovador, siendo al mismo tiempo un fiel reflejo de las novedades de su época. Y es precisamente su preocupación por la lengua lo que explica la actitud lingüística de este autor.

Su labor desde el punto de vista de la dialectología leonesa, y, en general, de la lexicografía española, se refleja además en su participación en las tareas del *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española. Maldonado cooperó en los trabajos de documentación de la docta corporación, enviando algunas papeletas, fundamental-

mente las relativas al léxico salmantino, hecho que está atestiguado por Manuel García Blanco, del cual son las siguientes palabras:

«Es uno de los más fieles colaboradores en los estudios lingüísticos del Centro de la calle Almagro, y en su estudio sobre el dialecto leonés, don Ramón Menéndez Pidal tuvo a bien citarlo» (García Blanco, 1928: 37).

Naturalmente, si creo en esta participación de Maldonado, es porque precisamente en los años anteriores a la edición decimoquinta del *Diccionario* de la Academia, correspondiente al año 1925, fue cuando este literato colaboró con esta Institución y es juntamente en esta edición en la que hemos comprobado la coincidencia de términos salmantinos, occidentales y leoneses entre la Academia y la obra de Maldonado. Vocablos, por otra parte, claro está, que habían sido utilizados antes por él y que figuran por primera vez en la edición de 1925 de la Academia. Entre estas voces tenemos los salmantinismos *barda*, *Elisa*, 38 (1907); *candéal*, *Varsovia*, (1915); *engorgoritar-se*, *Montaraza*, 37 (1908) y *jigeo*, *Clamores*, 26: C. y C. (1901); los leonesismos *gorrilla*, *Querrelas*, 31, (1984) y *sainar*, *Rejero*, 120 (1902) y los occidentalismos *alzapón*, *Cavila*, 59 (1901) y *andancio*, *Querrelas*, 46 (1894).

Ello confirma nuestra hipótesis; pero es que, además, hay algunos vocablos que aparecen por primera vez en Maldonado y de los cuales no hemos encontrado una documentación anterior a nuestro autor. A este respecto, ha de tenerse en cuenta que, al no haber podido disponer para mi trabajo de la totalidad del *Diccionario histórico*, no excluyo la posibilidad de un uso anterior en ciertos casos, como podría ser el de los salmantinismos *ahilañ*, *Recurso*, 101: C. y C. (1901); *amimantar*, *Quinto*, 46: C. y C. (1901); *holgón*, *Clamores*, 18: C. y C. (1901); *ligrimo*, *Quinto*, 46: C. y C. (1901); los leonesismos *arrapea*, *Clamores*, 18: C. y C. (1901) y *pica (baile)*, *Recurso*, 100: C. y C. (1901); los occidentalismos *engarañar*, *Alguacil*, 114: C. y C. (1901) y *espundia*, *Montaraza*, 32 (1908).

Naturalmente, en la Salamanca de principios del siglo XX no solamente Unamuno y Maldonado sintieron la inquietud por los términos del terruño, sino que también en esa época aparecieron el *Vocabulario* de Gatta y *El dialecto vulgar salmantino* de Lamano y Beneite, obras que podemos encuadrar dentro de la dialectología leonesa en general, y de la salmantina en particular. El primero se publicó en 1903 y es un embrión de lo que va a ser el segundo, es decir, el *Vocabulario* de Lamano editado en 1915; éste puede ser considerado como el mejor trabajo lexicográfico de su tiempo sobre cuestiones fundamentales salmantinas, y todavía hoy hay que acudir a él para todos los problemas referidos a este tema. Evidentemente, Lamano conocía muy bien la comarca salmantina, donde ejerció su magisterio como sacerdote en varios pueblos de la provincia y como canónigo en la propia capital. De su contacto con los estratos populares obtendría el material para su *Dialecto vulgar salmantino*, y su formación en humanidades le llevaría a conocer a escritores regionales y clásicos de los que tomó las citas con las que ilustra cada vocablo. Es el caso de *apear*, 'poner la apea a las caballerías', que ilustra con un texto de Correas: «Yegua *apeada*, prado halla/. Aunque esté con *apea*, va adonde lo halla» y con otro de Torres Villarroel: «Guardián soy de los cerdos y los patos./ unzo los bueyes, a la burra *apeo*»; o el de *escomenzar* 'comenzar', para el que acude a Lucas Fernández: «Anda ya, escomienza a andar» y a Luis Maldonado: «Prueba en mi ese manteo que escomienza pa la Obdulia y concluyes pa la Elvira».

A pesar de ser éste, como he dicho, el mejor repertorio salmantino, presenta sin embargo algunos errores por lo que se refiere a las citas recogidas de otros escritores, al menos en cuanto respecta a las de Luis Maldonado; por poner un solo ejemplo dentro del texto de la palabra *desabuso* escribe *vergüenza*, cuando en la obra original de

Maldonado *Del campo y de la ciudad* figura el vulgarismo vergüenza (pág. 83 [ed. 1973], pág. 90 [ed. 1903]).

Y a ese respecto he podido comprobar igualmente que varios de los términos empleados por Luis Maldonado fueron usados antes por este literato que por Gatta o Lamano. Así los salmantinismos *charro*, *Querellas*, 21 (1894); *envuelza*, *Mondongo*, 111: C. y C. (1902); *ligrimo*, *Quinto*, 46: C. y C. (1901); *jigeo*, *Clamores*, 26: C. y C. (1901) y *mesingo*, *Matallana*, 6 (1908); los leonesismos *cañín*, *Clamores*, 23: C. y C. (1901); *picote*, *Gumisinda*, 89: C. y C. (1901) y los occidentalismos *aburarcar*, *Querellas*, 50 (1894); *bogalla* o *Agallas* (1903), etc.

Con todos estos datos trato de demostrar que fue Maldonado el primero que los utilizó, aunque evidentemente en algún caso fueron Lamano o Gatta quienes se adelantaron a aquél, como ocurre con los salmantinismos *barra*, *Elisa*, 38 (1907) y *estór-diga*, *Arcediano: M* (1923); o con los leonesismos *lucilina*, *Comedia: M* (1920) y *trillique*, *Eras*, 197: C. y C. (1919).

Por otra parte, ya el maestro Gonzalo Correas, según el propio Lamano:

En los cuarenta años que en Salamanca vivió continuando las enseñanzas del Broncense fue recogiendo de los labios mismos del pueblo el más rico vocabulario de refranes que tenemos. Y, aunque no fue su propósito estudiar el dialecto salmantino, sino más bien copiar los adagios con que el vulgo sazona su hablar rudo, buena parte de sus refranes, la mayor y de más interés, sin duda son de esta comarca salamanquesa, tomados de labios de los estudiantes y de los aldeanos que a la ciudad venían a negociar sus mercaderías, del vulgo, en fin, de los artesanos y menestrales, de los mozos de mula y de las mozas de cántaro, de las verduleras que en la plaza tenían sus tenderetes y cajones» (Lamano, 1915, 28).

Esta obra lexicográfica, titulada *Vocabulario de refranes y frases populares*, se publicó en 1627, con lo que los términos, en este caso, en que coinciden Maldonado y él —como el salmantinismo *granjeo*, el leonesismo *lucio*, el occidentalismo *buraco*—, fueron no solamente usados después por Luis Maldonado, sino que quizá este literato los tomase de Correas, y lo mismo ocurriría con las voces en que coincide con Juan del Encina (*destojar*, *morra*); con Lucas Fernández (*acezar*, *atollar*); con Torres Naharro (*crego*), o con Torres Villarroel (*bornear*, *colambra*, *desasquerado*), etc.

De este modo he comprobado que mientras en algunas ocasiones es Maldonado el primero en utilizar por escrito determinados vocablos, en otros emplea muchos términos ya arraigados en la literatura popular y utilizados anteriormente por otros escritores dialectales. Al mismo tiempo creo que queda clara la concomitancia en cuanto a la actitud lexicográfica de Unamuno y Maldonado, los cuales mostraron en sus respectivas obras literarias su honda preocupación por la lengua, proporcionando la significación precisa a cada palabra, por un lado, y mostrando el deseo de enriquecer el vocabulario, por otro.

Llamativo es el caso de Luis Chamizo, nacido en 1888 y muerto en 1914. Fue en su pueblo natal, Guareña (situado en la provincia de Badajoz), tinajero de oficio, es decir, constructor de recipientes para el aceite y el vino y poeta de vocación.

«Siguiendo la línea de Gabriel y Galán y de Vicente Medina cultivó el localismo en dialecto popularista copiando la manera de hablar de sus operarios. El poeta viaja para vender sus tinajas y anda por las dehesas, y duerme (pernocta) a veces en chozas pastoriles, y se satura del espíritu racial en la conversación de los mercados» (Ortega Munilla, 1981: 0, 18).



Es así como halla en el lenguaje de los extremeños palabras, giros y expresiones típicos de esta región. Él mismo en sus «Rapsodias» escribe:

«Y sus dirá tamién como palramos  
 los hijos d'estas tierras  
 porque 'icimos asina: *jierro, jumo*  
 y la *jacha* y el *jigo* y la *jiguera*» (Ortega Munilla, 1981: 154)

Con los escritores anteriores coincide en términos como *barruntar*, *estrumpir*, *lucio*, *palrar* (*El mijón de los castúos*, págs. 113, 129, 136, 27 respectivamente (1921)).

En el Norte del Occidente de España hay dos escritores, Pérez de Ayala (1881) en Asturias y José María de Pereda (1833-1906) en Santander, que salpicaron sus obras de asturianismos el primero y de santanderismos el segundo.

En este sentido el uso de la lengua vernácula, es decir, el bable, por parte de Ayala se limitó a lo estrictamente necesario sólo para hacer comprender mejor el ambiente regional de su tierra natal. Mezcla dialectalismos con formas castellanas correctas y a veces se expresa únicamente con aquéllos. En general transcribe el habla de las personas educadas de una versión culta, mientras que al imitar a los aldeanos emplea voces y giros del dialecto popular que le sirven como caracterización expresiva de estos personajes (Reinink, 1959: 143). Observamos en Ayala, pues, que, como en los poetas y escritores anteriormente mencionados, guarda un perfecto equilibrio entre la lengua culta y la popular, ya que estas vertientes, por un lado, corren separadas en ciertas ocasiones y, por otro, se combinan y entretrejen, resultando el conjunto de una variedad y expresividad extraordinarias. Algunos de los términos de Ayala coincidentes con otros literatos son *do*, *El ombligo del mundo* (1924) (Reinink, 141); *escanciar* (Reinink, 146) y *escomenzar* (Reinink, 146).

José María de Pereda manifiesta su preocupación por la lengua regional en sus «Observaciones sobre el lenguaje popular de la Montaña» (Pereda, 1933: 144-145), donde explica el significado de los términos *cevilla*, *peal*, *prender el ganado*, etc.; y en este aspecto coincide con Luis Maldonado y Miguel de Unamuno.

Pereda fue elegido diputado en 1868 y sus viajes electorales le permitieron conocer su tierra montañesa, el léxico y los giros más característicos (Díaz Plaja, 1958: 89). De ahí que su lenguaje transcriba el incorrecto hablar campesino o marinero (Díaz Plaja, 1958: 90). En sus obras regionales introduce vocablos como *fogata*, *Discurso*, 111 (1897) y *ñudo*, *Peñas arriba*, 155 (1895) y varios vulgarismos: *naide*, *De tal palo tal astilla*, 136 (1880); *paralí*, *La Puchera* (1889) (G. Lomas, *Dial. mont.*, 226) y *respetive*, *El sabor de la tierra* (1882) (G. Lomas, *Dial. mont.*, 303).

A diferencia de la reducida proyección pública que acompañó a la labor creativa de Maldonado, la obra de Pereda, Pérez de Ayala y Unamuno logró amplia fama y gran difusión.

2. He subrayado que estas obras tienen una gran importancia para la lexicografía. Ahora bien, ¿son importantes para la fonética, morfología, etc.?

Yo creo que sí, ya que a este respecto Torres Villarroel, Miguel de Unamuno, Luis Chamizo, Pérez de Ayala, Gabriel y Galán, Luis Maldonado, y otros más, han sido fieles a la realidad lingüística, no la han deformado, y esas características fonéticas y morfológicas salmantinas, leonesas, asturianas, etc., lejos de ser un elemento de estorbo, sirven para caracterizar a los personajes de sus comedias, novelas y poesías, al mismo tiempo que acrecientan el valor expresivo de la obra. Pongamos algunos ejemplos: a la hora de caracterizar a los labriegos charros, L. Maldonado cierra la vocal final *e* en *i* en *dondi*, *Remundo*, 127: *C. y C.* (1901) y *valienti*, *Copla*, 219 (1910), etc.; utiliza la metátesis recíproca de consonantes contiguas *r* y *l* en *bulrar*, *Esgarra*, 92: *C. y C.* (1901) y

*calrista*, Querellas, 46 (1894), etc. Y lo mismo hace Torres Villarroel al emplear el mismo tipo de metátesis en *bulrando*, «Romance: En estilo aldeano...», pág. 122 y *bolra*, «Romance: En estilo aldeano...», pág. 115; o al transformar en *r* la segunda consonante de los grupos iniciales *cl*, *fl*, *pl* en *branco*, «Romance: En estilo aldeano...», pág. 98; *fror*, «Romance: En estilo aldeano...», pág. 99 y *soprar*, «Romance: En estilo aldeano...», pág. 113. También Gabriel y Galán usa la epéntesis de yod en la terminación en *alabancia* y *cuidiao*, *Extremeñas* (1902) (Z. Vicente, G. y Galán, 133) y el cierre de las vocales *e*, *o* en *i*, *u* respectivamente en  *benditu*, *valienti*, *Extremeñas* (1902) (Z. Vicente, G. y Galán, 130). Igualmente, en Luis Chamizo se observa la metátesis recíproca de consonantes contigas en *bulra* y *palras*, *El miajón de los castúos* (1921), págs. 27, 130, respectivamente, y la aspiración de la *f* convertida en la fricativa velar sorda, es decir, *f* > *h* > *x* en *juerza* y *juerte*, *El miajón de los castúos* (1921), págs. 51-61.

Finalmente, Pérez de Ayala cierra como los escritores la vocal *o* en *u* en *flacu*, *matalu* (Reinink, 128) y emplea la yod epentética en *deliriar* (Reinink, 130).

Debo hacer, sin embargo, una precisión: desde un punto de vista fonético y morfológico, algunos términos que utilizaron estos escritores son considerados como vulgares, mientras que desde un punto de vista léxico son típicamente leoneses y occidentales. Este hecho, que a primera vista puede parecer una contradicción, en definitiva no lo es, puesto que la particularidad fonética, pongo por caso, de la pérdida de la *-d-* intervocálica en *saluaor*, *allegao* es un fenómeno vulgar, mientras que léxica y semánticamente estas palabras son arcaísmos.

3. Debo para terminar apuntar un problema que enlaza con el anterior y que ya el lingüista José Antonio Pascual en *La traducción de la Divina Comedia atribuida a don Enrique de Aragón* advirtió, diciendo:

«El término *orientalismos* quizá no sea particularmente afortunado: me refiero con él a las palabras que pueden proceder del aragonés, catalán y occitano» (Pascual, 1979: 119).

Este mismo problema se presenta con términos como *salmantinismos*, *leonesismos*, *occidentalismos*, etc., con los cuales me estoy refiriendo a los vocablos que únicamente hemos encontrado documentados en estas zonas geográficas; por el contrario con el de *vulgarismos* aludimos a los vocablos de extensión general.

A) Ahora bien, a veces no podemos distinguir bien, pongo por caso, entre un leonesismo y un occidentalismo, ya que un nuevo trabajo lexicográfico nos podría hacer cambiar de opinión. A pesar de estos problemas, me he atrevido, como en el caso del citado lingüista, a hablar de distintos grupos, aunque ha de verse en esta clasificación un procedimiento para ordenar el material léxico más que una convenida caracterización geográfica del vocabulario (Pascual, 1979: 119).

B) En otros casos, una palabra bien documentada en el dialecto leonés, como *enbaír*, existió también en castellano antiguo (aunque normalmente documentada en el dominio occidental). Será entonces difícil decidir si nos encontramos con un arcaísmo o con un leonesismo (o incluso con ambas cosas a la vez). (Pascual 1979: 119).

En definitiva la dialectología no puede prescindir de los textos escritos, ya que en ellos encontramos un filón y material riquísimo para estudiar y solucionar algunos problemas de fonética y morfología histórica, al mismo tiempo que los lexicográficos.

## SIGNIFICACIÓN DE LOS VOCABLOS

- Abogalla* agalla de roble.  
*Aborrrir* aborrecer.  
*Aburracar* agujerear.  
*Acenoria* zanahoria  
*Acezar* jadear, respirar fatigosamente.  
*Ahilaín* delgado como un hilo, extremadamente flaco.  
*Alzapón* tapa de paño de los calzones que cubre la pretina desde las ingles a las caderas, dejando sobre éstas dos aberturas, a manera de bolsillos.  
*Amimantar* mimar, dar mimos.  
*Apajar* echar pienso a los bueyes.  
*Andancio* enfermedad epidémica.  
*Arrapea* afea de hierro para maniatar las caballerías.  
*Atollar* hundirse en el barro.  
*Barda* mata de roble.  
*Barruntar* presentir, imaginar, conjeturar por algún indicio.  
*Besana* haza, tierra de labor, parcela.  
*Bogalla* agoballa: excrecencia del roble o de la encina no esférica.  
*Bornear* hacer figuras y mudanzas con los pies en el baile.  
*Buraco* agujero.  
*Cancín* cordero de uno a dos años.  
*Candeal* franco, noble, bueno.  
*Cevilla* prisión: especie de collar de madera en forma de U, con un travesaño de madera también, que pasa por dos ranuras y sujeta las dos puntas por lo alto, es decir, sobre el cuello de la res.  
*Cogüelmo* colmo de grano que rebasa la medida.  
*Colambra* corambe, conjunto de cueros.  
*Crego* clérigo, cura.  
*Charro* aldeano de la región salmantina.  
*Desfacer* deshacer.  
*Do* donde.  
*Engarañarse* enfriarse, entumecerse, aterirse.  
*Engorroritarse* enamorarse de, liarse con.  
*Entoñar* enterrar, hundir.  
*Envuelzas* porción de cosas que caben en el hueco de las dos manos juntas.  
*Escanciar* echar el vino, echar.  
*Escomenzar* comenzar, empezar.  
*Espundia* espumarajo, esputo.  
*Estórdiga* faja de tierra, larga y angosta.  
*Estrumpir* estallar, hacer explosión.  
*Fogata* lumbre.  
*Gorrilla* sombrero de fieltro grueso, de ala plana y copa cónica, que usan los charros.  
*Holgón* el ganado que no trabaja.  
*Jigeo* gritos con que los mozos terminan los cantares campesinos, especialmente en las rondas.  
*Lígrimo* legítimo, castizo, sano, fuerte.  
*Licilina* petróleo.  
*Lucio* gordo, hermoso, reluciente.  
*Machorra* oveja que se mata en los pueblos para celebrar festividades.

*Mesingo* señorito de la ciudad delicado, afectado, presuntuoso, melindroso.  
*Morra* cabeza.  
*Naide* nadie.  
*Ñudo* nudo.  
*Palrar* hablar.  
*Paralís* parálisis.  
*Peal* cadena corta que atraviesa el primer anillo de la cevilla.  
*Pica* baile que se hace en torno a un bollo o pan, adornado con picos.  
*Picote* mandil estrecho, mandil en el traje de charra.  
*Prender el ganado* arrimarlo al pesebre y ponerle la prisión o cevilla.  
*Rellumbrar* y *relumbiar* relumbrar.  
*Respective* y *respetive* repectivamente.  
*Retuso* reacio.  
*Sainar* sangrar.  
*Serano* tertulia nocturna que se tiene en los pueblos  
*Trillique* muchacho que conduce un trillo en la era.  
*Vagüera* vaguada.

### Referencias bibliográficas

- ALVAR, M.: «Los dialectalismos en la poesía española del siglo XX», *RFE*, XLIII, 1960, págs. 57-79. («Dial. poes. esp.»).
- CHAMIZO, L.: *El mijón de los castúos*, prólogo de J. Ortega Munilla, 6.ª ed., Colección Austral, Espasa-Capel, Madrid, 1978.
- COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A.: *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, 5. tomos, Gredos, Madrid 1980-1983 (DECH).
- DÍAZ PLAJA, G.: *Historia de las literaturas hispánicas*, T. V., Ed. Barna, Barcelona 1958, págs. 89-94.
- GARCÍA BLANCO: «Don Luis Maldonado cuentista», en *Antología de las obras de D. Luis de Maldonado*, Imp. Ferreira, Salamanca, 1928, págs. 27-38.
- GARCÍA LOMAS, A.: *Estudio del dialecto popular montañés*, Nueva Editorial, S. A., San Sebastián, 1932 (*Dial. mont.*).
- GETINO, L.: «Neologismos y neologistas, de nuestros días», *Esco* (El Escorial), III, 1941, págs. 51-69; VII, 1942, págs. 323-353 («Neolog.»).
- LAÍN, M.: «Aspectos estilísticos y semánticos del vocabulario poético de Unamuno», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, IX, 1959, págs. 77-115. (Laín).
- LAMANO Y BENEITE, J.: *El dialecto vulgar salmantino*, Tip. Popular, Imp. de «El Salmantino», Salamanca, 1915 (Lamano).
- LIHANI, J.: *Lenguaje de Lucas Fernández, estudio del dialecto sayagués*, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, XXXI, Bogotá, 1973. (Lihani).
- LLORENTE MALDONADO, A.: «D. Luis Maldonado y su salmantinismo lingüístico», en *Homenaje a D. Luis Maldonado*. Publicado por el Centro de Estudios Salmantinos con el núm. X de las obras editadas por esta institución, Salamanca, 1962, págs. 19-41.
- MALDONADO de GUEVARA, L.: *Querellas del ciego de Robliza*, Imp. Católica Salmanticense, Salamanca, 1904 (*Querellas*).
- MALDONADO de GUEVARA, L.: *Del campo y de la ciudad*, Imp. y Lib. de Francisco Núñez, Salamanca, 1903 (C. y C.: con su correspondiente artículo de costumbres).
- MALDONADO de GUEVARA, L.: «Bibliografía. Nuevos estudios sobre las agallas», «El Adelanto», Salamanca, 25-IV-1903. (*Agallas*).
- MALDONADO de GUEVARA, L.: *El pantano de Elisa*. Andrés Iglesias, Impresor, Salamanca, 1907 (*Elisa*).
- MALDONADO de GUEVARA, L.: *La perantonea*. Publicado en *Antología de las obras de D. Luis Maldonado*, Imp. Ferreira, Salamanca, 1928, págs. 115-120 (*Perantonea*).

- MALDONADO de GUEVARA, L.: *La montaraza de Olmeda*, S. Velasco, Impresor, Madrid, 1908 (*Montaraza*).
- MALDONADO de GUEVARA, L.: *La copla charruna*, *Ateneo*, n. 4, t. 9 Madrid, IV-1910, págs. 214-233 (*Copla*).
- MALDONADO de GUEVARA, L.: «Cartas de una española. De la Polonia trágica. La paz reina en Varsovia», *La Época*, Madrid, 18-IX-1915 (*Varsovia*).
- MALDONADO de GUEVARA, L.: «La primera comedia», «El Adelanto», Salamanca, 23-XI-1920 (*Comedia*).
- MALDONADO de GUEVARA, L.: «El arrediano salmantino», «El Adelanto», Salamanca, 4-VIII-1923 (*Arcedinao*).
- MALDONADO de GUEVARA, L.: *La farsa de Matallana*, Est. Tip. de Calatrava, Salamanca, 1927 (*Matallana*).
- MALDONADO de GUEVARA, L.: *Querellas del ciego de Robliza*, ed. centenario, prólogo de M. de Unamuno, Talleres Gráficos Cervantes, Salamanca, 1960 (*Querellas*).
- MALDONADO de GUEVARA, L.: *Del campo y de la ciudad*, 3.<sup>a</sup> ed., Gráficas Cervantes, Salamanca, 1973 (C. y C. con su correspondiente artículo de costumbres).
- ORTEGA y GASSET, J.: *España invertebrada*. 16 ed. de la Revista de Occidente, El Arquero, Madrid 1971.
- PASCUAL RODRÍGUEZ, J. A.: *La traducción de la Divina Comedia atribuida a D. Enrique de Aragón*, Acta Salmanticensia, Gráficas Europa, Universidad de Salamanca, 1974.
- PEREDA, J. M.: *Discurso leído ante la Real Academia*, Tip. de la Viuda e Hijos de Tello, Madrid, 1897.
- PEREDA, J. M.: «Observaciones sobre el lenguaje popular de la Montaña», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, xv, 1933, págs. 144-155.
- PEREDA, J. M.: *De tal palo tal astilla*. ed. de Joaquín Casalduero, Cátedra, Madrid, 1979.
- PEREDA, J. M.: *Peñas arriba*, 7.<sup>a</sup> ed., Colección Austral, Madrid, 1977.
- REININK, K. W.: *Algunos aspectos literarios y lingüísticos de la obra de D. Ramón Pérez de Ayala*, Publicaciones del Instituto de Estudios Hispánicos, Portugueses e Iberoamericanos de la Universidad Estatal de Utrech, La Haya, 1959.
- ROMANO, L.: «El cantor de la tierra charra», en *Necrología de D. Luis Maldonado*, Est. Tip. de Calatrava, Salamanca, 1928, pásg. 30-31.
- TORRES NAHARRO, B.: *Propalladia and other works of B. de Torres Naharro*, Volume three, edited by Joseph E. Gillet, notes, Bryn Mawr, Pennsylvania, 1951 (Gillet).
- TORRES VILLARROEL, D. de: *Viaje a Santiago y otros romances en estilo aldeano*, ed. de Alberto Navarro, Gráficas Cervantes, Salamanca, 1971 («Romance: En estilo aldeano...»), «Rozanamiento del alcalde...».
- UNAMUNO, M. de: *Vida de D. Quijote y Sancho*, 16.<sup>a</sup> ed., Colección Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1975 (*Quijote*).
- UNAMUNO, M. de: «Notas marginales», *Homenaje a Menéndez Pidal*, T. II, págs. 57-62.
- ZAMORA VICENTE, A.: *El habla de Mérida y sus cercanías*, Anejo XXIX de la RFE, S. Aguirre, Impresor, Madrid, 1943 (*Mérida*).
- ZAMORA VICENTE, A.: *El dialectalismo de José María Gabriel y Galán*, Instituto de Filología Románica, Buenos Aires, 1950 (*G. y Galán*).

